

EL DIA EN QUE FUE

Cuando Volodya regresó de Minsk las calles de Moscú ofrecían el mismo abraza gélido que el día de su marcha. Apenas había dejado en su aventura literaria unos cuantos versos en revistas y la pasión ahogada por el triunfo.

La puerta eternamente atorada de la vieja buhardilla, chillaba irreverentemente -nunca supo si de alegría o desacato- al manipularla. Volodya aún sentía su emoción continua coronada por aquel labio del que podía sentir un sólido aroma en todas las partes de su cuerpo.

Dejó caer la jironada carpeta, rebosante de versos, sobre el escritorio. La súbita, leve nube de polvo que se alzó tenía también forma única. Mas él ya velaba su cansancio; regalaba descuidada e inocentemente al tiempo cualquier elevado sueño.

La nieve, lentamente, entorpecía los cristales. Volodya reposaba, inerme, como lo que ya era: un anciano héroe de batallas olvidadas vencido por el inagotable ariete del tiempo.

Repentinamente sus labios se erizaron. Estaban fríos de humedad ajena. Ella lo había esperado apenas ataviada con el tul blanco marmóreo con el que tantas veces la describió.

La noche les iba acudiendo, cansada ya de conocer rostros sin luz; les contemplaba con la intuición de la pasión y algún beso oculto en sus sombras. Ella era la levedad de un roce de brisa en la delgada cintura que él exponía a las olas de la felicidad. ¿Era felicidad? ¿Era el aliento íntimo que derrochó en sus manos mientras los envolvía la ebriedad de las últimas voces?

Nunca supieron cómo cayeron en el placer de contemplarse solitarios, construyendo su propia historia de planetas dormidos hasta que el nácar de los labios se tornó azahar de próxima primavera.

El la amó. Sencillamente la amó en arenas de placer indómito; en el silencio lógico de la pureza anhelada. La amó en el enigma denso su piel fina como el propio hálito amoroso; en la quietud de sus pechos sosegados como angelical materia. Pero sobre todo, más que nada, la amó en la eternidad futura. Forjaron entonces un vals con la callada música de las estrellas.

Ella recogió sus labios en el último contacto, ya plena, tal un pétalo naciente, la madrugada. El inclinó la pluma suave de sus palabras al calor aún reciente del samovar. Aún ella, elevando su savia en cautela, desplegaba la más fiel expresión que él esperaba.

Volodya, con los ojos gélidos, extáticos, se frotó, inerte, las manos.

- ¿Tú? -acertó a decir con expresión confusa-.

- Sí, Volodya -contestó ella con cálida placidez-, Estoy aquí, en el mundo; me he ataviado para ti; reconforté el sillón para ti. ¿Me oyes, Volodya?

Volodya escrutaba los rincones, nunca tan mudamente sucios, vacuos; los retratos de Verlain y Tolstoy que pendían torpemente de la pared más umbría. Advirtió cómo cada objeto tenía sobre sí el estigma polvoriento de la larga soledad y abandono que su ausencia les había impuesto. Pero el sillón, aquel sillón fulgía a la luz del tronco que ella había encendido en la exigua chimenea. Volodya parecía interrogarse a sí mismo, mientras ella reunía las últimas pavesas esparcidas en un pequeño universo de ceniza.

- ¿Habrás lenitivo para esta canción continua -se preguntaba-, para este son ensimismado que nunca cesa? No es posible, lo sé, mientras mi pecho incube deseos humanos. El tiempo es innúmero y su destino de azul antiguo.

Y tú -le inquirió a ella- sabes que soy viejo y fracasado, ¿Por qué ese tul para mis ojos? ¿Por qué ese perfume que vivía en mí continuamente apaciguado, ahora me incita a sumergirme en un mar ignoto?

- Reposa, Volodya -respondió ella-, tus brazos han de sostener todo un mundo.

Apenas la madrugada se erguía sobre las torres bizantinas, las calles se ofrecían desérticamente nivas. Volodya comenzó súbitamente a recordar aquella especie de lúdica ensoñación en la que ella le había prometido buscarle. El había cumplido su promesa de guardar el vigoroso aroma del último beso. Nunca, después de aquel, besó a persona alguna, y enclaystrado en sus versos, logró enamorarse de aquel aroma que siempre fue real y fiel a la vez.

-Pero ya no es el día -susurró Volodya-.

Ella le miraba, ¿O era él quien inventaba sus ojos?

- ¿Quién puede decir ahora, en la lúcidez del amor, cuándo es el día en que la luz deja su habitáculo para ofrecérsenos en pureza? Está aquí y sea bienvenida.

Volodya buscó en su memoria el último encuentro y parecía no estar seguro de que aquella figura fuera definitivamente real.

El frío de la noche moscovita parecía incitar a todas las huidas posibles. En un instante recordó reiterativamente que no era el día.

- Prometió encontrarme -se dijo Volodya-, pero sé que no es el día.

Repentinamente extendió el brazo, como si de un latigazo de sierpe se tratara; intentando tomar entre su mano aquella leve diosa que parecía haber tomado cuerpo de alguno de sus versos.

Por unos instantes sus dedos recorrieron la suavidad de un hombro perfecto, tan perfecto que no podía ser carnal.

Cuando los pesados ojos de Volodya regresaron a la vida, la vió allí: pétrea figura, pliegues pétrea de un deseo antiguo, palpitante mármol de un pecho cerrado de recuerdos. Así, como siempre la quiso hasta que llegara el día.

Cuántas noches insomnes contemplaron la dedicación de Volodya sobre aquella pequeña figura innombrada.

De entre la sucia espesura de su carpeta rescató un breve escrito de letras esquilmadas por un enclaustramiento de treinta y dos años, lo aleteó levemente hasta casi transfigurararlo, hacerlo difícilmente legible. Acercó, en un gesto necesario, su mano derecha al samovar caliente y leyó hasta la saciedad y el cansancio aquella antigua razón de un sueño que hoy lo atenazaba tristemente hasta el llanto:

- Ahora sé que nunca podré amar a nadie ni a nada como a ella. Tal vez comparta mis horas con algún ser cautivo de la inadecuada distancia, pero AMOR se escribe con un beso, el único posible, destinado a la creación del ser feliz. Es como arma antigua de un solo disparo: se ama una vez, un instante, quizás prolongado, pero instante en suma, en el que los rostros indican carencia de vida por la avaricia de plenitud. Quedan nombres y sueños, relaciones vegetales, vidas azarosas en el olvido, mas el beso permanece como mito en pie de una historia en ruinas.

El amor es el beso y no la voz oculta que lo anhela, posee o rememora.

"Ah, aquel beso", decimos pasados blancamente los días del definitivo, ¿Último?, encuentro. Y apenas la idea despierta, nada es del ser sino la eterna belleza que crea en el ser amado por sí mismo, siendo Dios Único de su acto y destino.

.....Y aquel beso fue el acto sublime de ponderar lo vivo. Las calles vacías; bullicio de mar, no de rocas dispersas; el entrechocar de olas era el acto de las manos; los mismos cuerpos reptaban como peces heridos por nuestra hoguera, pira de pasión y música que alzábamos en los labios. No era fácil hundirse o reclinarse en el ardor de la espera, porque todo había perdido su extraño contacto al contemplarnos.

La redención fue nuestro pulso, tu pulso de nube inmutable.

Tú y yo, o el beso y el mundo. El plumaje de los pasos fue tendiendo su ornato de recuerdo: lejos, intuición del reino.

A veces beso lo que intento y, más lejos, más lejos, aquel estertor color de nuevo principio, de inesperada victoria.

Ahoras sé, tras esas horas hechas para no ser contadas, que nunca, a nada y a

nadie, podré amar como la amé a ella.

Volodya

San Petersburgo, a 16 de febrero de 1885

Volodya se despojó torpemente de la vieja casaca, su segunda piel obligadamente desde hacía años, se recostó nuevamente y durmió la languidez de los años y la placidez de su perennidad poética.

Volodya dormía....La nieve entorpecía, silente, los cristales.



Leerás este cuento y en él
verás el sueño de ese viejo
poeta pobre y eternamente enamorado.
Este, por unos meses fue mi hijo.

Volveré a mi vida, a mis días, y, quizás,
algún día nuestros caminos vuelvan a cruzarse.

